

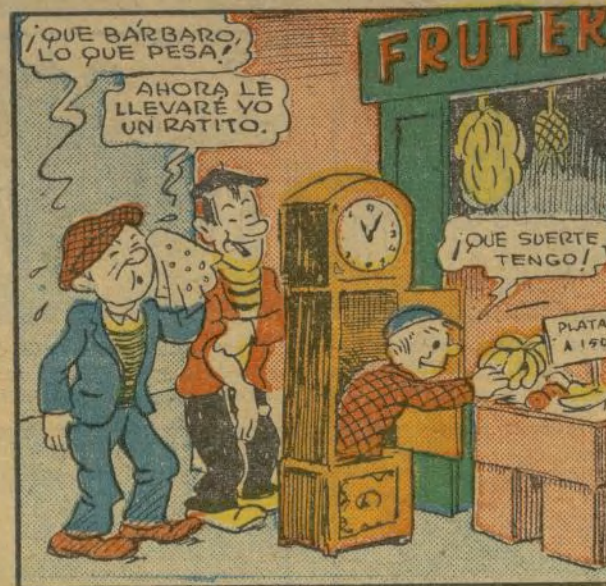


AÑO VI.—NUM. 308

MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466
REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

4 de abril de 1935

EL RELOJ FANTASMA





Este señor se está devanando los sesos preguntándose, hace varios días, quién será el padre de los hijos del Zebedeo, y no lo puede averiguar. Como véis, está siguiendo la ruta de Leganés, a donde se dirige en derechura. Apunte admirable del natural, hecho por Alfonsito Verdugo, de Madrid.

El discípulo. — ¿Debe castigarse a una persona por no haber hecho una cosa?

El maestro. — Claro que no. El discípulo. — Entonces no me castigará usted por no haber hecho la plana.



No es que Teresa haya tenido algún ataque de hemiplejía y se haya quedado así, con la boca torcida. Es, sencillamente, que está haciendo uno de los guños y gestos suyos tan picarescos y característicos. Así nos lo asegura el artista que la retrató, Antoñito Jiménez Ortiz, de once años y de Córdoba, para lo que gustéis mandarle.

DIABLURAS DE LA PANDILLA



La Pandilla jugaba y saltaba haciendo tiempo para merendar, cuando al doblar una esquina, Felipe, que tenía una cabezota más dura que



nas. La cesta fué a caer sobre el diminuto Pedrito, que quedó embutido en ella. Nicanor, furioso, después de atizar sendas coces en las po-



dulce carga que llevaba. Por fin, al pasar bajo un arco, la cesta tropezó y Pedrín fué a reunirse con sus compinches, y todos corrieron a repartirse aquella inesperada merienda. Mientras



el cuarzo, se la incrustó en la barriga al pobre Nicanor, que venía en dirección contraria llevando en la cabeza una cesta llena de manza-



pas de los tres gimnastas, cogió su cesta, se la puso en la cabeza y se alejó. Pero desde dentro de ella Pedrín fué echando a sus compañeros la



tanto, el infeliz Nicanor, al ver su cesta vacía, se devanaba los sesos sin comprender por dónde se había filtrado su contenido.



Nuestro amiguito José Pastor, de Madrid, es un psicólogo y ha pintado este Guardia civil, que es una recomendación para librar de toda tentación a "cacos" y maleantes. ¡Cualquiera le gasta una broma!



—¡Je, je! Ese es un diente que nunca me dolerá!...



Félix está desesperado y se pasea a grandes zancadas. Luisito Verdugo, de Madrid, le ha hecho este apunte a respetable distancia... por si las moscas.

Poncito, chico elegante y "El Grifo" sucio y fumante



RESUMEN DEL EPISODIO ANTERIOR: ENTRE VIVAS A BENITEZ, PONCITO Y "EL GRIFO" FUERON SALVADOS DE LAS IRAS DE UN SANTÓN CHINO. LOS SALVADORES FUERON UNOS CHINITOS QUE ASI PAGARON LOS DOS DESCUBRIMIENTOS QUE LES HICIERON LOS CHAVALES: QUE EL SANTÓN ERA UN FARSANTE Y QUE EL MEJOR SASTRE DE LOS NIÑOS ES BENITEZ DE ATOCHA Nº3 MADRID

SIGUE LA HISTORIA →



Entre continuas aclamaciones a Benítez, los chinos sacaron del templo a Poncito y a "El Grifo".



Y los condujeron ante una asamblea de sastres que querían conocer los ya famosos trajes de los chavales.



Estos, dándose un postín loco, mostraron a los amarillos de la tijera y el jaboncillo las habilidades de Benítez.



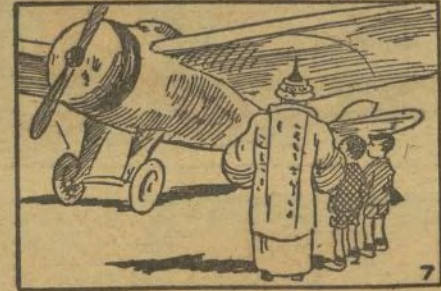
Entusiasmados los sastres, decidieron presentar al Emperador a los dos elegantísimos chicleos.



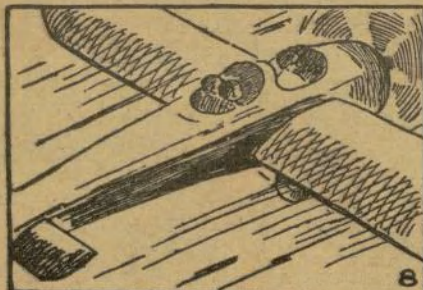
El Emperador, que admiraba el arte del buen vestir, condecoró a Poncito y a "El Grifo".



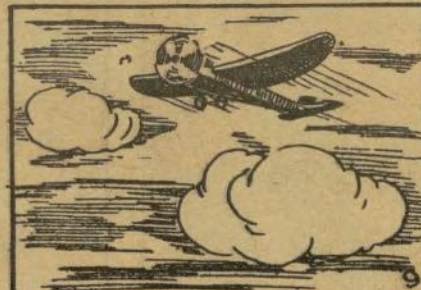
Que aprovecharon la ocasión para pedir que se completara la gracia facilitándoles el regreso a Madrid.



Cosa que concedió el bondadoso y simpático Emperador, llevándoles él mismo al aeródromo.



En un precioso avión colocaron a Poncito y a «El Grifo», que creían logrado su sueño: volver a los Madriles.



¡Qué contentos estaban ya los simpáticos chavales pensando en sus paseos por el Retiro!



Pero un envidioso sastre había preparado esta infame faena a los que ya empezaban a ser felices.



Y que terminaron como véis. ¡Lograrán, por fin, regresar a España, o permanecerán ya esta vez?



Resumen de lo publicado.—Sir Roger Waverly quiere apoderarse de la fortuna de su hermano gemelo Sir Jorge; pero lo impide Tomás, un muchacho empleado en la "Posada del Buho Blanco", y Anita, la pupila del posadero. Creyendo libertar a Sir Jorge, Tomás hiere al que se figura que es Sir Roger; pero ha confundido a los personajes por su gran parecido, y Sir Roger huye dejándolos encerrados.



"Necio, gritó Sir Roger dirigiéndose a la puerta. Aquí os quedaréis con mi simpático hermano, sin que nadie venga a molestaros". Acto continuo cerró la puerta, y los muchachos quedaron en la estancia con Sir Jorge, que yacía sin conocimiento.



Sir Jorge continuaba derribado en tierra por efecto del golpe que Tomás había descargado sobre su cabeza, engañado por el gran parecido entre los dos hermanos. Anita comenzó a gemir: "¡Oh, Tomás! ¡Estamos encerrados! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Tengo miedo!"



"¡Y todo por mi culpa!", respondió el muchacho. En aquel momento Sir Jorge comenzó a moverse, y ambos jóvenes corrieron a ayudarlo. "¡Caballero! ¡Cuánto siento mi error! le dijo Tomás. Os he agredido equivocadamente. ¡Creí que erais Sir Roger!"



Sir Jorge se incorporó, algo aturrido todavía, y sonrió levemente. "No te apures, muchacho, le dijo. La culpa ha sido mía por no haberte puesto al corriente de mi secreto, revelándoos que tenía prisionero aquí a mi hermano".



Pensando que hallarían modo de salir de allí, Anita comenzó a llorar. "¡Moriremos aquí!", sollozaba. Y mientras Sir Jorge la consolaba, Tomás iba examinando las paredes buscando alguna facilidad de salir.



Pronto se convenció de que no había modo de huir, pero comprendió asimismo que era preciso hacer algo. En esto, una rata salió de un agujero y se le escurrió entre los pies. La sorpresa le hizo apartarse bruscamente, precipitándose contra la pared.



El peso de su cuerpo hizo funcionar, sin duda, algún secreto resorte. Se oyó un ligero ruido y simultáneamente un trozo de pared se abrió, dando paso al cuerpo del pobre Tomás, que atónito cayó en la oscuridad, antes de poder darse cabal cuenta de todo lo que había sucedido.



Apenas el cuerpo del muchacho hubo franqueado la brecha, cuando el lienzo de la pared volvió a su posición primera con igual rapidez y con tal fortuna para nuestro amigo, que atrapó su jubón entre las junturas de las piedras. "¡Tomás! ¡Tomás!", gritó Anita. ¿Adónde habrá caído?"



Sólo una punta del jubón del muchacho asomaba por la parte de la estancia secreta, en medio de la pared. Al otro lado, suspendido en el vacío, Tomás miraba bajo sus pies un terrorífico y negro abismo. "¡Socorro! ¡Socorro!", comenzó a gritar cuando se repuso de su sorpresa. (Continuará)

La Señora Charlatana



Vivía una vez en cierto pueblo de un lejano país una mujer que tenía una lengua viperina. Todo el día se lo pasaba murmurando de todo y de todos, sembrando odios, deshaciendo amistades y llevando la guerra y la desgracia a los hogares más pacíficos. La boca de aquella furia era un verdadero infierno.

Por dicha suya, le había cabido en suerte un marido bonachón e infeliz, que con cualquiera otra mujer hubiera logrado para su familia la felicidad; pero con aquella arpía no había modo de estar

en paz, y a veces el infeliz perdía también los estribos y se soltaba el pelo por todo lo alto. Las trifulcas que se armaban tenían escandalizado y aturrido al vecindario.

En efecto, apenas el marido ponía los pies en casa, su mujer lo recibía con un chaparrón de palabrotas y frases gruesas. Si él se atrevía a replicar en tono de defensa, el chaparrón arreciaba, hasta convertirse en asolador diluvio, y amenazaba no terminar en otros cuarenta días con sus noches.

Así fué, que, por fin, el marido, desesperado por amor a la paz, la mayor parte de los días, al acabar su trabajo, en vez de regresar a su casa, se iba a la posada y allí pasaba la noche.

Su mujer, exasperada y fuera de sí ante aquella táctica, fué a pedir consejo a una amiga. Esta, que era, por lo visto, más, avisada e ingeniosa, le dijo entregándole una botella llena de agua pura:

— Toda esta agua maravillosa que a mí me trajo hace tiempo un peregrino de lejanas tierras. En cuanto oigas que tu marido entra en casa, llénate la boca con un buen sorbo, pero ten cuidado de no tragártela. Haz esto durante una serie de días y verás como la paz vuelve a tu ca-

sa. Es una virtud que al líquido este comunicó un famoso santón de Oriente.

La mujercita le agradeció las gracias a su vecina, tomó la botella y se marchó a su casa, esperando que su marido fuese aquel día a dormir a casa para poder hacer la prueba cuanto antes.

Llegó, efectivamente, el marido a casa



aquella misma noche, y la mujer, después de llenarse la boca con el agua maravillosa, fué a abrir la puerta a su esposo. Figúrate cómo se quedó el pobre hombre, que ya esperaba ser objeto de las acostumbradas frases de bienvenida,

y se encontró con que su esposa se presentaba tranquila, como una balsa de aceite. Ante aquella escena tan desacostumbrada soltó él algunas palabras un tanto enredadas y vió, casi sin creerlo, que su costilla no replicaba y se contentaba con sonreír ligeramente. Sin explicarse bien semejante milagro, el marido cenó y tranquilo se fué a la cama.

— ¡Esto es por efecto del agua! — pensó la mujer, contenta también, a su pesar, por ver que la paz comenzaba a entrar en su casa.

Esto mismo fué sucediendo durante muchas noches; ya el marido había perdido la costumbre de irse a dormir a la fonda y ningún día faltaba del hogar. Pero un día el agua maravillosa se acabó al fin, y aquella noche, cuando el marido entró en casa, se rompieron de nuevo las hostilidades. La mujer, al día siguiente, corrió desolada a casa de su amiga a que le diese un poco más de aquella agua de bendición.

— ¡Qué lástima, querida! — le respondió la amiga. — Precisamente ayer se me rompió la vasija en que la guardaba!

— ¿Qué haremos ahora? — preguntó la otra, desconsolada.

— El remedio es fácil — añadió la vecina. — No tienes que hacer sino tener cerrada la boca, como si la tuvieras llena de gua. Y verás que el efecto es el mismo...

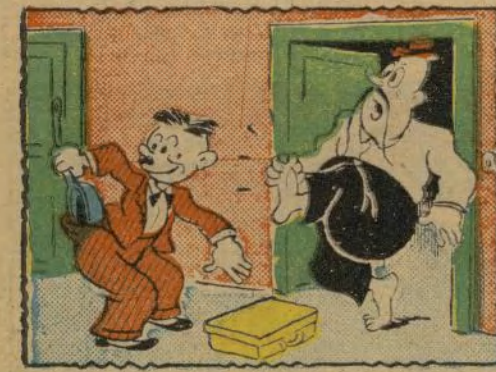
DON SEVERO AVENTURERO



Estaba una madrugada don Severo tan dormidito en su cama, cuando vino a despertarle un representante de



cierto potingue para curarse toda clase de golpes. Don Severo, indignado por haberle despertado para semejan-



te tontería, despidió al representante con un formidable puntapié. Esto era precisamente lo que quería el repre-



sentante, que llevaba blindado el sitio destinado a estos golpes, para que los enfurecidos clientes se lastimasen y comprasen el producto.



A pesar de que el golpe injusto le sentó muy mal, Laura decidió en lo sucesivo no dar ni un solo grito para que no la castigasen.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



El capitán, después de su horrible venganza, volvió tranquilamente a casa, y allí explicó a sus amigos cómo había dejado a los pilluelos. —Es usted un barbián—exclamó Trabucazo. —Le felicito—dijo Pérez—; ha sido un gran golpe.

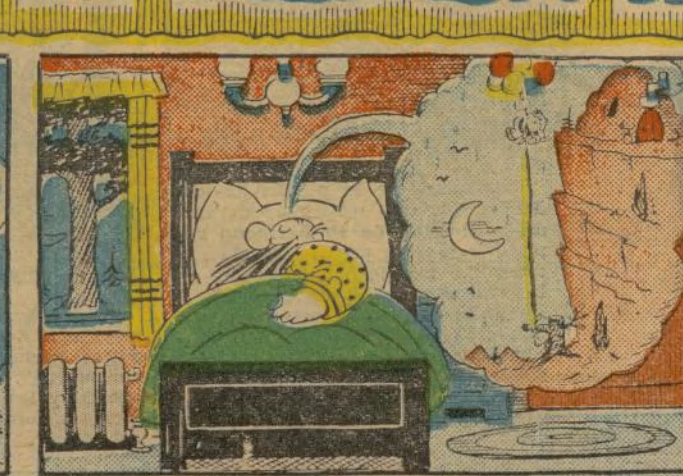


Pero fueron inútiles los ruegos; el sabio, además de ser adivino, era bestia hasta dejarlo de sobra, y consumió su mala acción con la misma tranquilidad con que se habría merendado una onza de chocolate. Serafina desaprobó la faena.

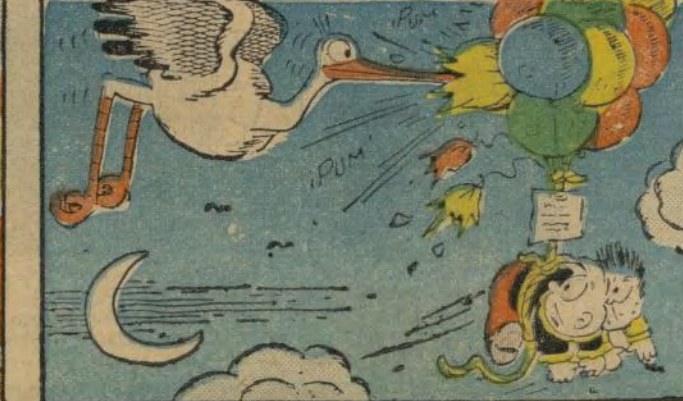


Así siguió volando con ellos, y al pasar por cima de la chimenea de la casa del capitán les dejó caer, exclamando con aquel su peculiar laconismo: —¡Adiós, hermosos, chiquitos de vuestra casa, encanto de vuestra madre, adiós, ay!

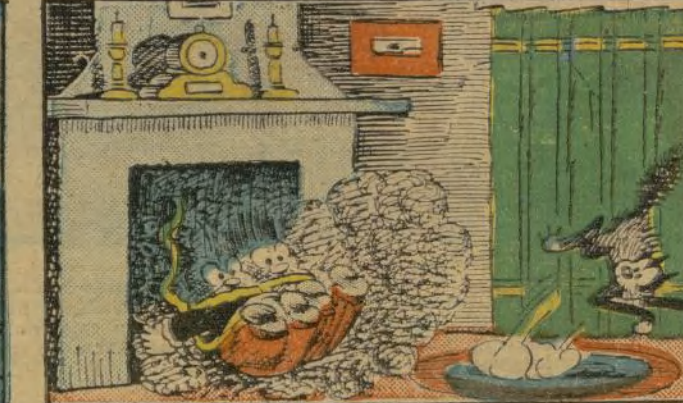
TARUGO Y PERDIGÓN



Arrullado por el incienso de las abanzas, Terre-Moto se durmió, si no como un justo, como uno a quien no le falta ni medio real para lo preciso, y soñó, recreándose en el fiero castigo impuesto a los pilluelos.

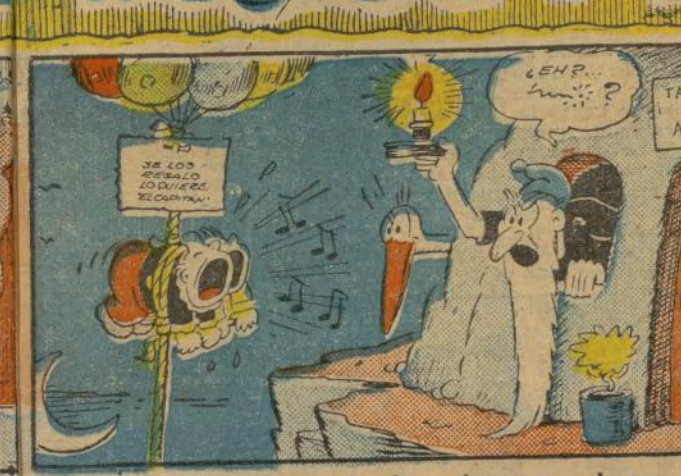


Y como Serafina, la heroína de la vista fina, ya no tenía inquina a los pilluelos, que se iban a hacer fosfátina contra cualquier esquina corrió a librarlos de la chamusquina, pinchando ladina la gomina.



Los pilluelos, tan finos como siempre, le respondieron: —Ojalá te estreñes en el camino.— Y no pudieron decir más, porque ya caían por la chimenea a una velocidad que hacía temblar por las clavículas y los peronés.

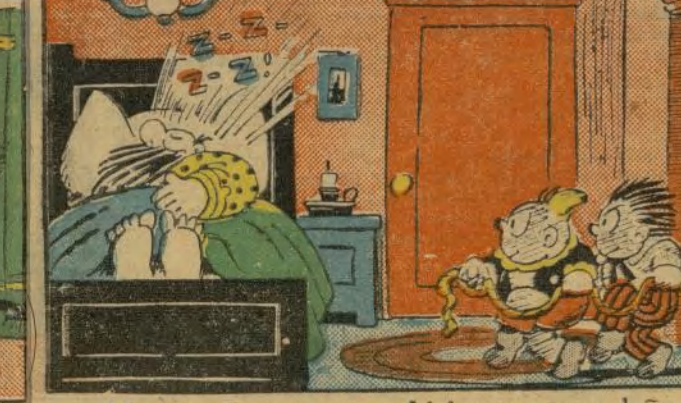
TERESA NIÑA TRAVIESA



A todo esto, los muchachos, demostrando tener unos pulmones a prueba de bomba (como yo), seguían dando cada berrido junto al adivino, que hacían temblar las paredes de la choza del sabio, que ya estaba comenzando a "mosquearse".



Al estallar los globos, los pilluelos cayeron en el vacío, y la cigüeña, lanzando un rápido y conciso "¡Ay, Dios mío, pobrecitos de mi alma, que se van a matar los angelitos, Jesús y qué desgracia, ay, ay!", voló en su ayuda.



Afortunadamente no se hicieron mayor daño, y al instante decidieron tomar cumplida venganza de su enemigo, y, a tal efecto, penetraron en el dormitorio de Terre-Moto, que proseguía soñando con la destrucción de los pilluelos.

TERESA NIÑA TRAVIESA



Y no queriendo complicaciones y pensando que allá se las entendiera quien fuese con la responsabilidad, cortó la cuerda que sujetaba a los aeronautas, que le suplicaban: —Por Dios, no haga usted eso, mire que le crecerá más la barba.



Y cuando ya los pilluelos pedían al Altísimo romperse sólo tres o cuatro costillas, Serafina llegó veloz como un cohete y les mantuvo en el aire, balanceándolos dulcemente, mientras cantaba sin abrir el pico, pues era ventrílocua.



Y quince segundos más tarde, por toda la isla resonaban los alaridos del capitán, que pedía socorro pensando que le asesinaban, mientras los pilluelos, dispuestos a proseguir otro día la venganza, escapaban veloces. (Continuará)

TERESA NIÑA TRAVIESA



Teresa tenía una cometa que era la envidia de todos los chicos. Una tarde, dos chicos se pusieron de acuerdo



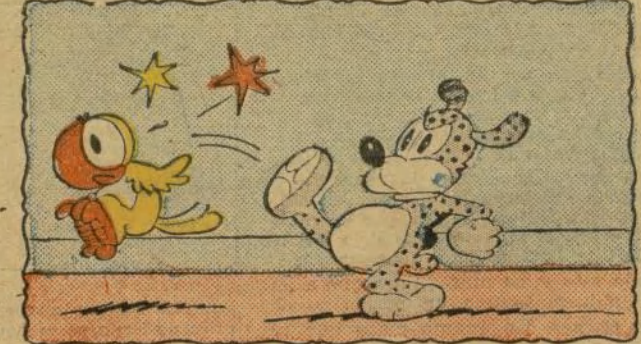
para hacerla una jugarreta. Pasaron junto a un pintor y le quitaron un bote de pintura, el que ataron a la cola



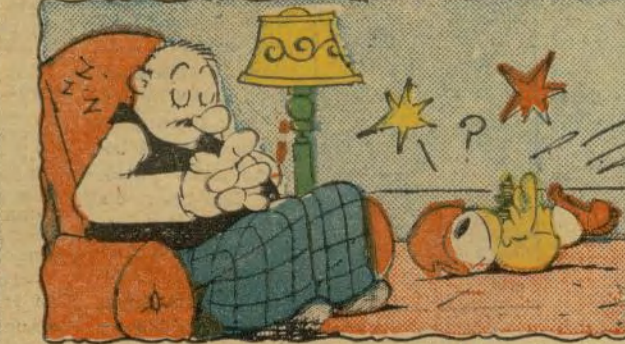
de la cometa para que el peso la impidiese elevarse; pero Teresa consiguió que la cometa despegase del sue-

lo, con tal suerte, que el bote se enganchó en la rama de un árbol, cayendo la pintura encima de los golfillos, que estaban debajo.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Pero como el día anterior no había dejado dormir al Manazas, que había tenido dolor de muelas, en cuanto el perro pudo echarle una manaza.



... ¡pum, catapum, pum pum! Le sacudió un manotazo que le hizo dar un airoso vuelo e hincar el pico junto a don Fielato.



Don Fielato, como de costumbre, seguía plácidamente dormido, y Laura pensó: —Si me quejo, este tío bestia me dará otro morrón.



—¡Ay, Dios mío, y cómo me ha puesto el revés de la barriguita ese Manazas! ¡Ay lo que me duele!— Pero todo esto lo pensaba sin abrir el pico.

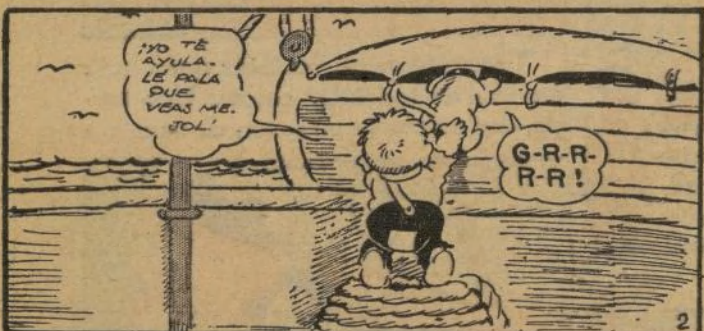


Y cuando ya llegó a varios metros de la casa, exclamó con toda la fuerza de que era capaz: —¡Aaaaay!— Y luego, ya, se marchó a casa tan contenta.

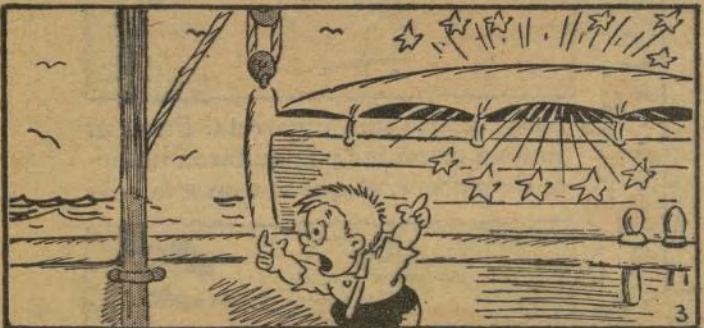
DON SIMPLON Y DINAMITA



"Dinamita" seguía mosqueada junto a la barca donde, efectivamente, sabemos que se ocultaba "Pelo en Pecho", el feroz bandido, criminal y asaltador de bancos.



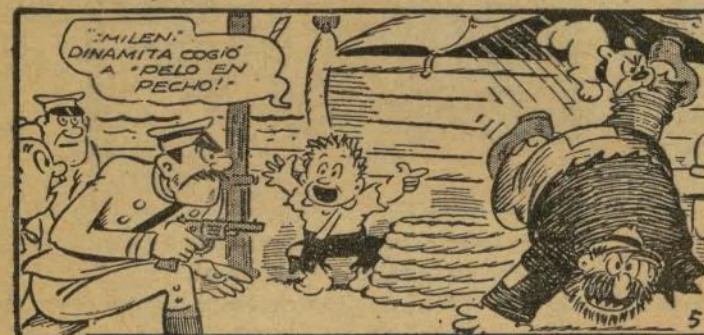
"Entla dentlo y a vel qué pasa, Nitolasá", exclamó el bestia del nene, que a veces era más castizo que un combro, y "Dinamita" se coló de rondón dentro de la lancha.



No tardaron en oírse dentro unos ruidos sordos; después un estrépito infernal y el nene comenzó su letanía: "Te lo tene. Te lo ha tosido. ¡Ole, ole, ole! ¡Viva la Pepa!"



Y efectivamente; no tardó en salir el feroz bandido dando feroces aullidos y demandando socorro porque lo mataban. "Sin duda es que hay otro y se están pegando" aventuró un policía.



Pero bien pronto quedó el misterio resuelto al aparecer "Dinamita", que había hecho presa en "Pelo en Pecho" y no parecía dispuesta a dejarle sin llevarse un filete de asesino.



El miserable fué esposado a conciencia, y el nene sujetaba a "Dinamita", que todavía quería lanzarse sobre el malvado. "Esta te ya quieta, "Dinamita", que ya le he satulilo el tolvo batante".

BAJO EL IMPERIO DEL TERRORE

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO XXXV

Abrazos y mojicones.

Apenas había despuntado el nuevo día, cuando Sebastianillo Desplaces—por su verdadero nombre Víctor Bessiéres—, armado de sus herramientas de carpintero, se presentó a la puerta de la habitación del carcelero para trabajar en el almacén.

—Aquí me tienes, amigo Beaupin—dijo al entrar—. No dirás que no vengo puntual.

—Demasiado, Sebastianillo. No hay tanta prisa, mucho menos si, como parece, va a quedar pronto el almacén desahogado... por el verdugo.

A Víctor le dió un vuelco el corazón; pero,



—Este es el trabajo que más prisa corre. Hay que tapar estas grietas del piso y de las paredes, porque aquí se "hospeda" ese famoso ex marqués de Bessiéres, que dicen que es el jefe de la conspiración. Te advierto que también canta bastante bien, y a lo mejor se le ocurre imitarle.

—Pues que no se le ocurra provocarme si no quiere que le patee las tripas.

Y acercándose a los barrotes de la ventana y sacudiéndolos, añadió:

—Lo que es en éstos, difícil es que hagan mella sus dientes ni sus uñas. Y a propósito. Ellos me recuerdan esta otra estrofa de la canción que tanto te gusta. Te la voy a cantar por lo bajo. Escucha: "Aveilla tan canora—, otro tiempo en la enrama-



da—; ¿por qué, dime, tan callada—cuando viene mayo estás?—Canta, aveilla, y no llores—; mañana por esa altura—, libre tal vez y segura—, canto y vuelo soltarás". Mientras la carcelera se deshacía en elogios de la voz y estilo de Sebastianillo, en el interior de la celda comenzó a sentirse un ligero rumor, que indicaba que el pobre preso había oído y reconocido a su hijo. ¡Cuál debía de ser su tormento al no poder salir a abrazarlo!

Sebastián decidió apresurar su plan, y dirigiéndose a la carcelera le dijo malhumorado: —¿No oyes, ciudadana? Ese aristócrata tiene ganas de que le rompa un hueso.

—¿Pues qué te ha hecho?

—¿No lo estás oyendo? El muy canalla me está



haciendo burla. Atiende y verás cómo está remendando con su voz gangosa mi canción.

El preso comprendió lo que su hijo deseaba, y parodiando la letra y la música de la canción de la golondrina se puso a cantar. Luego empezó una letanía de toses, chillidos y gangueos en son de burla, y Sebastián, sin poder contenerse, abrió de una patada la puerta de la celda, se lanzó sobre su padre y comenzó con él una lucha a brazo partido. Entre ambos se cruzaron mojicones, zancadillas, patadas y mordiscos, mezclados con frases como estas: ¡Tunante aristócrata!—¡Carpinterillo vil!—¡Perro realista!—¡Demócrata miserable!; y con estas otras, dichas al oído: ¡Padre mio!—¡Hijo de mi alma!—¡Guardad esta lima sorda!—¿Y tus hermanos?—¡Buenos todos! Primero el barrote, luego la cadena!—¿Y si nos sorprenden?—¡Mori-

remos juntos!

La carcelera se desternillaba de risa, y el carcelero, que había entrado mientras tanto, no gozaba menos. Pero ante las reconvenciones y amenazas de los otros presos, tuvo que interponer su autoridad, esto es, su pistola, para que aquella lucha cesase.

Acabada la tarea de la mañana, Sebastianillo, que se había conquistado la confianza absoluta de los carceleros, marchó apresuradamente a casa de Dumont para dar cuenta de todo a Pablo. Tuvo la alegría de encontrar allí a su otro hermano, que había venido a París de las filas del ejército revolucionario, y entre los tres se consolaron y trazaron nuevos planes para conseguir su propósito.

(Continuará.)

PASATIEMPOS

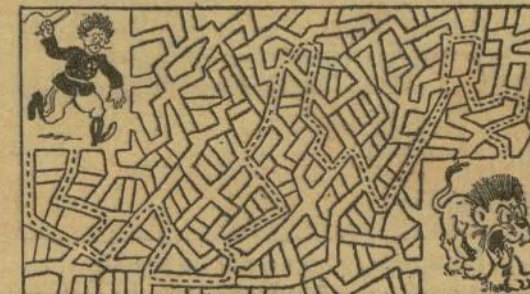


Uniendo por su orden los puntos del 1 al 42, os encontraréis con que habéis hecho un precioso dibujo.



Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas, de tal forma, que resulte el apellido de un glorioso músico español contemporáneo.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



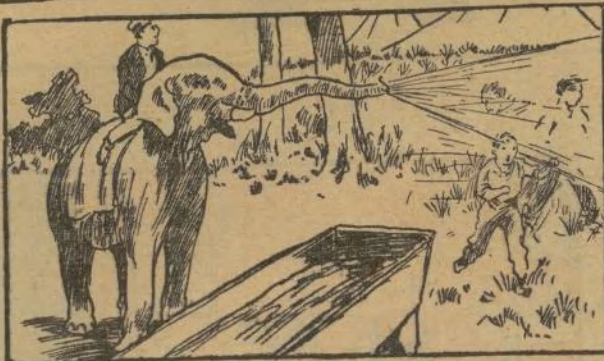
El camino señalado con puntos es el que siguió el domador para dar alcance al león que se le había escapado, junto de Madrid



Volviendo el dibujo del revés, y donde indica la flecha, encontraréis dónde estaba el guarda que veía al chico robarle las peras.

Resumen de lo publicado.— El circo Smith se trasladó a otro pueblo y encuentra ocupado por otro circo el campo en que solía instalarse. El señor Smith manda que la caravana atraviese el pueblo.

COMPANEROS DE CIRCO



El pequeño Juanín, que montaba el elefante, se incomodó al ver a los curiosos del otro circo, y dijo dos palabras al oído del animal. Este se acercó a beber en un abrevadero y, levantando la trompa, soltó un chorro de agua sobre los curiosos.



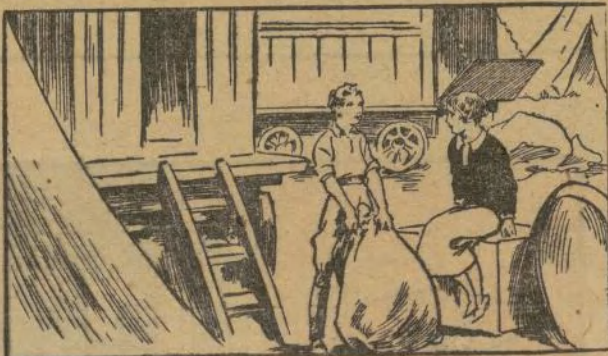
Cuando llegó la hora, se asomaron al gran entoldado, y con gusto vieron que estaba abarrotado de público. "Vienen atraídos por la fama de Estrella", dijo Mercedes en el momento en que la gran equilibrista ecuestre se iba a la pista.



Apenas había percibido algunas palabras de la conversación, cuando apareció Bepo, quien se dirigió a Antonio y lo despidió, mandándole dirigirse a su carro. Antonio se retiró con sentimiento por no haber podido recoger toda la misteriosa conversación.



"¿Cómo? ¿Es esto?, se dijo al instante. Este es el carro en que se aloja el señor Smith y Mercedes". En el acto lanzó un sonido especial que tenía convenido con su amiguita para reconocerse, y momentos después apareció la muchacha en su ventana.



Para aquella misma tarde la caravana había acampado en otro terreno cercano al pueblo y se proponía dar una interesante función. "Y espero que tendremos mucho público", dijo Mercedes mientras, en compañía de Antonio, arreglaba su alojamiento.



"Es verdad, asintió Antonio entusiasmado. No sé qué sería del circo si algún día Estrella nos faltara". Al acabar la función, Antonio entró por casualidad en una tienda, donde vio a Estrella hablando con un desconocido.



Era ya de noche y el público se había marchado. Por una senda desierta a través del campo Antonio regresaba al campamento, cuando le hicieron detenerse las voces que salían de uno de los carros. "Me enteraré de lo que pasa", pensó Antonio.



"¿Qué pasa, Mercedes?, preguntó Antonio alarmado. "Ahora mismo salgo y te contaré", respondió la muchacha. Antonio corrió a la puerta a esperarla, y ella le dijo sencillamente: "Estrella se ha despedido de la compañía." (Continuará)

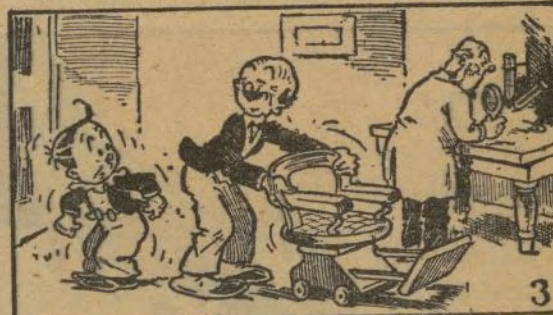
EL DOLOR DE MUELAS



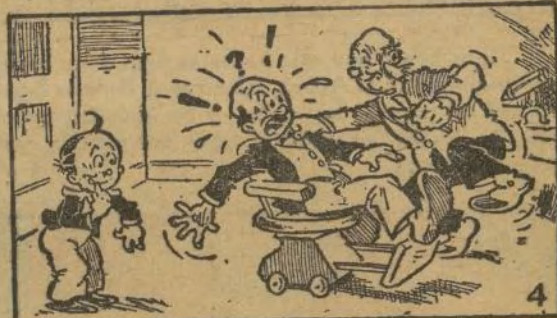
Al pobre Manolín le había salido un flemón de tanto comer caramelos, y su papá, don Currutaco, por no oírle más berrear, decidió llevarlo al dentista.



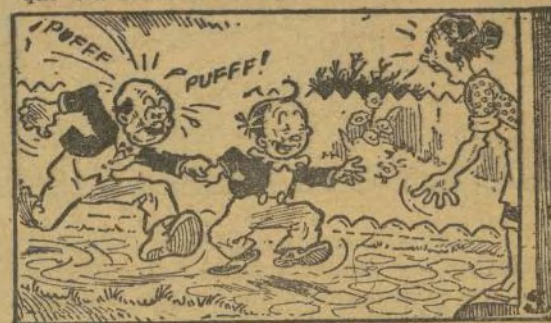
tista. Manolín fué adonde le llevaban, inconscientemente; pero cuando ante la silla del tormento recobró el conocimiento, se desdijo de su palabra y afirmó que todo había sido una broma. Don Currutaco se olió la tostada y, para convencer por las buenas a Manolín, mientras el dentista pre-



para los instrumentos del suplicio, se puso a demostrar a su vástago lo fácil y poco arriesgado que era sentarse en aquel sillón. Pero en aquel

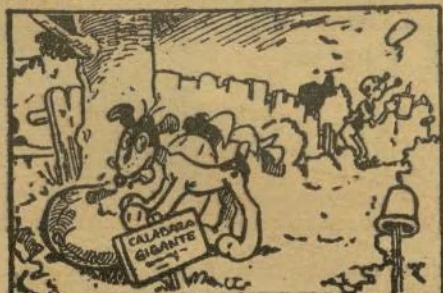


momento se volvió el dentista empuñando las formidables tenazas, y, sin reparar en la víctima ni hacer caso de sus protestas, le vació la boca en menos que canta un gallo. Y fué entonces Manolín el que tuvo que consolar a su pobre papá.

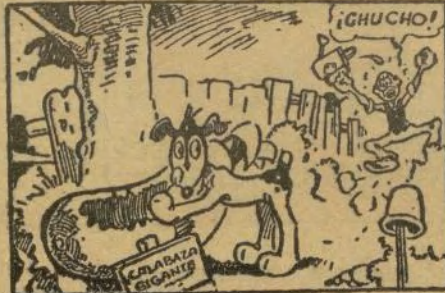


momento se volvió el dentista empuñando las formidables tenazas, y, sin reparar en la víctima ni hacer caso de sus protestas, le vació la boca en menos que canta un gallo. Y fué entonces Manolín el que tuvo que consolar a su pobre papá.

EL PERRITO VAGABUNDO



Don Melampio se había especializado, desde que estudió el bachillerato, en el cultivo de calabazas, y había logrado obtener un ejemplar gigantesco, capaz de



hacer las delicias de un catedrático carrabias. Pero a su perrito "Pelanas", que jamás había pisado un colegio, le gustaban con delicia las cucurbitáceas,



y colándose un día en el huerto de don Melampio, le abrió en canal la calabaza gigantesca y se la vació. Luego, viendo que don Melampio se lanzaba contra él

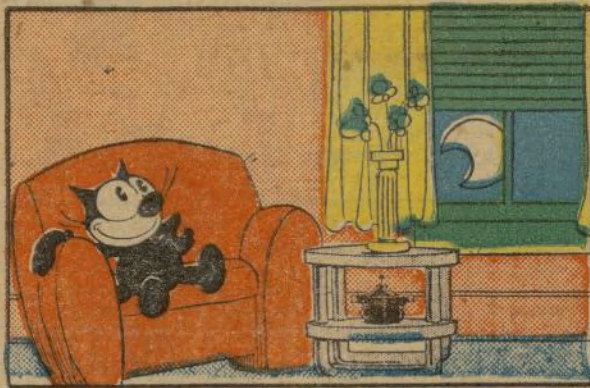


con malas intenciones, empujó la calabaza hacia el río, montó en ella, y la aprovechó como si fuera magnífica canoa.

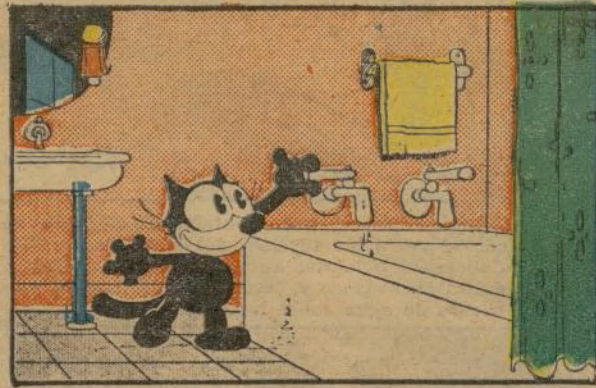
ANDANZAS DE GATO FELIX



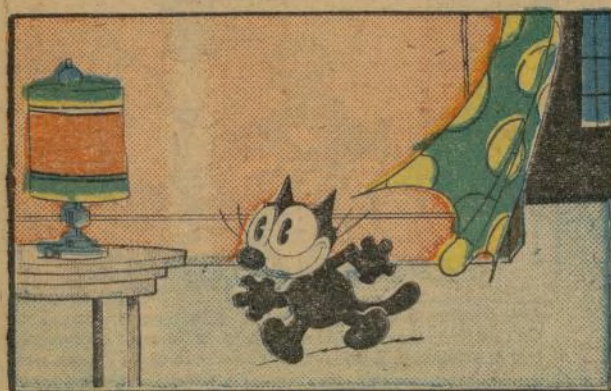
Félix llegó a simpatizar tanto con sus nuevos amos, que éstos le admitieron en su hogar, donde nuestro gato se sentía feliz, ya que en la calle hacía un frío que, en los cafés, nada más echarlo en los vasos, se volvía café helado.



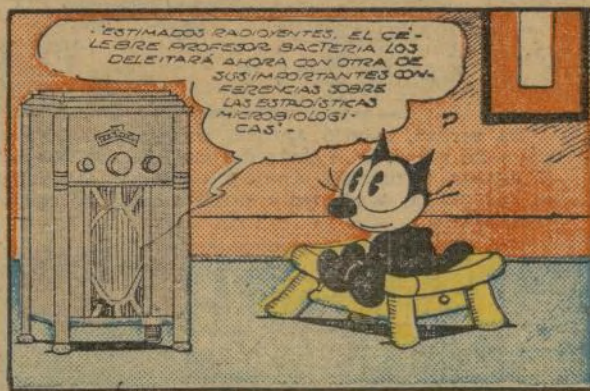
Sus amos se habían ido al teatro a ver un juguete cómico muy bonito, titulado "Cómo maté a siete hombres", y como al gato no le agradaba el teatro, prefirió quedarse en casita y echar un sueño a "modo"



El gato no cabe duda que era un gato limpio, y si se lamía los bigotes, como hacen todos los gatos, era cuando no tenía más remedio; por eso, ahora que disponía de elementos, decidió prescindir de la saliva y darse un baño.



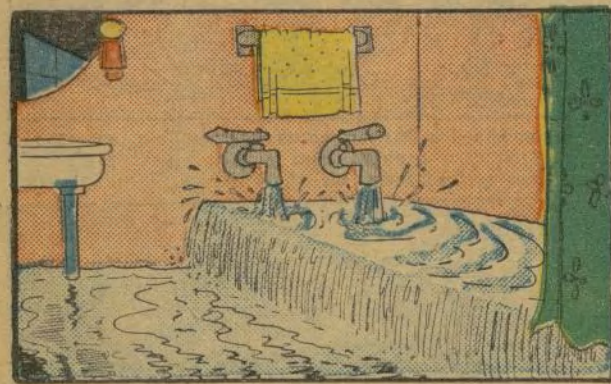
—Las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas —pensaba Félix—. Ahora, mientras se llena la bañera, pondré un poquito la "radio" y me divertirá mucho, pues la "radio" es una cosa muy entretenida menos para los sordos.



Firme en sus propósitos, se sentó en una sillita, encendió el aparato y puso esa cara de pánfilos que ordena que se ponga el código de los radioyentes. Comenzó la emisión. Y, "casi na", comenzaron a largar "una charlita".



La charlita era como para recomendársela a un enemigo y que se muriera de repente. Félix no iba a morirse, por fortuna, pero no pudo resistir el influjo soporífero de la charla, y se quedó completamente "roque".



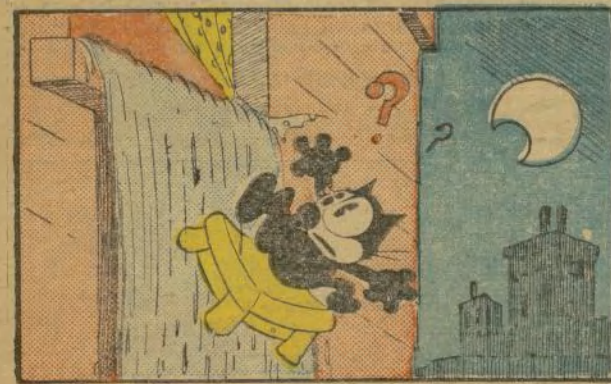
Y, mientras tanto, la tragedia se desbordaba. Ya lo creo que se desbordaba. Como Félix había quedado igual que la bella durmiente, el agua comenzó a salirse de la bañera y a inundar el piso e islas adyacentes.



No había cuidado de que Félix despertase y pudiera salvar el desastre que amenazaba a la casa de sus buenos amos. El imponderable conferenciante continuaba su charla, y no le despertaba al gato ni la explosión de una bomba.



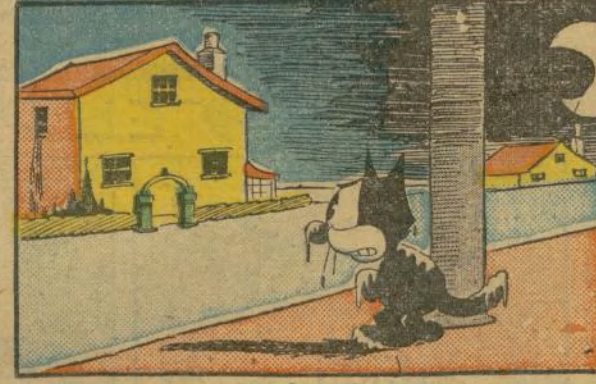
Los momentos eran tan emocionantes, que solamente al narrarlos se encogen los pelos y se pone el corazón de punta. Félix no despertaba, el agua seguía subiendo y el drama se mascaba igual que si fuera "chiclet".



Por fin se despertó Félix; pero fué para comprobar que había "capotado" seriamente, pues el agua, desbordando por la ventana, le arrastró entre sus ondas, haciéndole migas las costillas y el porvenir.



Y allá quedó el pobrecito en una postura bien poco académica, y no sabiendo si estaba en el suelo o en la estratosfera, mientras que ante sus ojos bailaban más estrellas que en una película de postín.



Y cuando al cabo de varios minutos pudo salir de su atontamiento, comprobó, desesperado, que se había quedado a la intemperie de nuevo, y no sólo era aquello lo peor, sino que había hecho polvo la casa de sus amos.

(Continuará)